

***La situación económica mundial. Discurso en el Tercer
Congreso de la Internacional Comunista el 23 de junio de
1921***

**León Trotsky
23 de junio de 1921**

(Versión al castellano desde [La situation économique mondiale. Discours en el 3è Congrès de l'Internationale Communiste](#), Marxists Internet Archive – français – Léon Trotsky, Les oeuvres. El texto viene precedido por esta explicación: “Este artículo recoge un discurso pronunciado en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, en cualquier caso fue publicado como tal en julio de 1921 en *Le Bulletin Communiste*, pero el texto publicado en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* no se corresponde con él)

<i>El movimiento revolucionario mundial</i>	2
<i>La situación mundial</i>	2
<i>La crisis industrial</i>	6
<i>El papel del partido comunista</i>	9

En nuestros manifiestos del primer y segundo congresos caracterizamos la situación económica sin entrar, sin embargo, en su examen y análisis detallado. Desde entonces se han producido determinados cambios en las relaciones de fuerzas, cambios que no se pueden negar. La cuestión radica solamente en saber si estamos ante un cambio radical o de carácter superficial. Es necesario constatar que la burguesía se siente ahora, si no más fuerte que hace un año, al menos más fuerte que en 1919. Es suficiente con recorrer la prensa capitalista más influyente durante los últimos meses de este año para aportar una serie de elocuentes extractos que muestran hasta qué punto ha disminuido su pánico ante el peligro universal del comunismo, aunque la misma burguesía reconozca que los comunistas han cambiado, de pequeños grupos aliados que eran, a un gran movimiento de masas. Pero se puede extraer una caracterización de otra fuente. Tomemos por ejemplo la resolución del Partido Comunista de Polonia, adoptada por éste en la última primavera, durante las elecciones a la Dieta. La modificación de la correlación de fuerzas políticas encuentra su expresión en el hecho que en todas partes los socialdemócratas y los independientes han salido de los gobiernos. En Alemania, entraron en el gobierno primero que todo bajo la presión exterior. No menos significativa es la buena vecindad de la Internacional de Ámsterdam y las internacionales políticas 2 y 2 ½, matrimonio a tres que sin embargo no ofende nada a estas tres bellezas.

El movimiento revolucionario mundial

Los años de posguerra están marcados por un inaudito ascenso del movimiento revolucionario. En marzo de 1917, se producía el derrocamiento del zarismo en Rusia; en mayo de 1917 se desarrolla en Inglaterra un movimiento huelguístico; en noviembre del mismo año, el proletariado ruso se apodera del poder gubernamental. No disimularé que en esa época la toma del poder en los otros países de Europa nos parecía mucho más cercana de lo que lo era en realidad. En noviembre de 1918 se producía el derrocamiento de las monarquías alemana y austrohúngara. El movimiento huelguístico abarcó a toda una serie de países de Occidente. En marzo de 1919, se proclamaba en Hungría la República Soviética. Desde fines de 1919 los Estados Unidos se veían conmocionados por las tempestuosas huelgas de los metalúrgicos, mineros y ferroviarios. Francia llegó al apogeo de su tensión política interna en mayo de 1920. En Italia se desarrolla en septiembre un movimiento del proletariado que ocupa las fábricas. El proletariado checo recorre a la huelga general política en diciembre de 1920. En marzo de 1921 se levantan los obreros de Alemania central y los mineros ingleses comienzan su gigantesca huelga.

El año transcurrido también se ha visto marcado por las derrotas de la clase obrera. En agosto de 1920 termina desafortunadamente la ofensiva del Ejército Rojo sobre Varsovia. En septiembre de 1920 el movimiento del proletariado italiano quedó sin resultados. Si M. Turati declara que ese movimiento ha fracasado porque los obreros italianos no estaban maduros para apoderarse de la industria y dirigirla, nos vemos obligados a constatar con desagrado que el movimiento italiano todavía no se ha desembarazado de M. Turati y de los turatistas. La insurrección de los obreros alemanes también termina sin éxito inmediato en marzo de 1921.

Todo ello lleva a M. Otto Bauer a la conclusión que los comunistas han quebrado pues, según él, habían apostado contra la Segunda Internacional que la revolución se produciría, si no en 1918, al menos sí en 1919. La fijación de esta fecha incluso contendría, según él, el sentido del comunismo, diferenciándolo de las tendencias reformistas y oportunistas.

No obstante, la cuestión que se le plantea a la Internacional Comunista y a toda la clase obrera es saber en qué medida las relaciones políticas nuevas entre la burguesía y el proletariado se corresponden con la realidad de la correlación de fuerzas. ¿Existen razones válidas creíbles sobre que las sacudidas políticas y luchas de las clases cederán el lugar a una época prolongada de restauración y crecimiento del capitalismo? ¿No se deduce de ello la necesidad de revisar el programa y táctica de la Internacional Comunista?

La situación mundial

Pasando al examen y análisis de la situación económica, querría señalar que ésta es una tarea extremadamente compleja y difícil pues la misma estadística que debe ser la base de un semejante análisis lleva los trazos del caos económico que reina actualmente. A pesar de todo, las cifras que poseemos deben servir para hacernos una determinada idea de la situación económica general.

En la agricultura, si se compara la cosecha de 1920 con la media de los cinco años precedentes a la guerra se ve que no es inferior. Pero si se toma solamente a Europa, la cosecha de 1920 es inferior en 120 millones de quintales, Estados Unidos, por el contrario, arroja un excedente que equilibra el déficit europeo.

Otro tanto puede decirse del conjunto de la ganadería. Si se considera que la población de Europa ha aumentado en 80 millones en relación con la de preguerra, a

pesar de las colosales pérdidas del período de guerra, y que los stock de trigo han disminuido en 120 millones de quintales, puede verse cómo se dibuja, con evidentes contornos, el hecho del empobrecimiento de la humanidad en relación con el período precedente.

Si se tiene en cuenta la minería el cuadro es el mismo pero aún más claro. La extracción de carbón en 1920 arroja solamente el 75% de la efectuada en 1913. El déficit es del 18% en Europa mientras que Estados Unidos aumenta sus extracciones en un 13%. El hierro y el resto de las principales ramas de la industria dibujan un cuadro análogo.

Si examinamos la situación económica ya no del mundo entero en su conjunto, sino de tal o tal otro país en particular, el empobrecimiento resultante de la guerra sobresale más claramente. La riqueza nacional de todas las potencias beligerantes era durante la guerra de [2.400.000.000 marcos en oro] y su renta nacional anual de 300.000 millones. Según cálculos de economistas autorizados, la guerra ha destruido al menos la mitad de toda la riqueza nacional de esos estados. Si se considera que la guerra no pudo afectar más que alrededor de un tercio de las rentas nacionales anuales, constatamos el hecho que la riqueza nacional de los países beligerantes había disminuido en 1919 en un tercio al menos y debía ser evaluada, por tanto, en 1.800.000 millones de marcos oro como máximo. Por el contrario, se constata una inflación extraordinaria de papel moneda. De 28.000 millones de marcos en la anteguerra ha ascendido a 300.000 millones, es decir se ha más que decuplicado. Esta última circunstancia expresa la realidad de que la renta nacional haya disminuido en una proporción menor no obstante lo hecho por la riqueza nacional. A consecuencia de la exasperación hasta entonces inaudita de los antagonismos internos de la sociedad capitalista, ese proceso ha tomado la apariencia externa de un enriquecimiento. El estado ha emitido deuda tras deuda inundando el mercado de papel moneda destinado a cubrir las pérdidas materiales que son demasiado reales.

Durante ese tiempo, las instalaciones mecánicas se han usado sin renovarse. El capital ficticio ha aumentado en la misma medida en la que se destruía el equipamiento material. El sistema de crédito devenía un medio para movilizar la riqueza nacional en vistas a la guerra.

Lo que mejor caracteriza a ese proceso de empobrecimiento es la agudeza de la crisis de la vivienda en todos los países participantes en la guerra. La construcción es una de las ramas más importantes de la economía nacional y ha sido totalmente abandonada.

Este empobrecimiento de la humanidad está desigualmente repartido según los países. Por una parte está Rusia, en el polo opuesto está Estados Unidos. Pero hay que hablar de la parte de Rusia como tramo no capitalista. Por ello el primer lugar en nuestra revista estará ocupado por Alemania.

La situación económica de Alemania se caracteriza con bastante relieve gracias a las cifras de Richard Calver, en su libro sobre la quiebra del gobierno. Si el valor de las riquezas materiales producidas en Alemania en 1917 se evaluaba en 11,3 millones de unidad de trabajo, ahora sólo vale 5,8 millones, es decir el 42% de antes de la guerra. En el dominio de la agricultura, la cosecha de preguerra (15 millones de toneladas) quedó reducida en 1919 a 6,6 y en 1920 a 5,2. En el dominio de la ganadería, Calver constata también un empeoramiento de la mitad. La deuda nacional de Alemania ha alcanzado 250.000 millones de marcos oro. La cantidad de papel moneda ha aumentado en más de 16 veces y el valor real del marco no supera los 7 pfenning de anteguerra. La riqueza nacional, estimada para la preguerra en 225 millones de marcos oro, hoy en día ha quedado reducida a 100. La renta nacional está estimada en 16.000 en lugar de 40.000

millones, o sea un empobrecimiento del 60%. Alemania, declara Calver, es hoy en día más pobre que hacia 1895, al principio de la época del “Sturm und Drang” del capitalismo.

La obligación de las llamadas reparaciones, que no son otra cosa más una contribución disfrazada, le cuesta a Alemania 2.000 millones de marcos oro cada año. Por ello no hay nada de sorprendente en que Calver constata la completa imposibilidad de ese país para restablecer la relación normal entre el marco oro y las finanzas gubernamentales, y califica la situación de Alemania como de bancarrota general del estado. En estos últimos tiempos, se habla y escribe mucho en Alemania sobre la bancarrota nacional desde el punto de vista económico, político, filosófico, moral, etc. Con moral o sin moral, esos señores no se salvarán de la bancarrota.

Es infinitamente más difícil hablar de Francia. Allí las cifras son las más ocultas y mentirosas, si por azar se dan. La renta nacional de Francia se estima de la forma siguiente. La cantidad de ganado ha disminuido alrededor de 5 millones de cabezas, la del trigo en 24 millones de quintales, la del carbón en 16 millones de toneladas, y teniendo en cuenta a Alsacia-Lorena y el Sarre, de 6 millones. La producción de acero ha disminuido más de la mitad. Muy característico es el balance comercial de Francia. En 1919 y 1920 se saldó con un pasivo de 37.000 millones de francos. Es cierto que este balance ha mejorado en el primer trimestre de 1921. Las importaciones y exportaciones se han equilibrado pero, como testimonia *Le Temps*, ha sido únicamente gracias a un aumento de las exportaciones de productos manufacturados. De 1913 a 1921 la deuda nacional se ha decuplicado. La cantidad de papel moneda ha aumentado 7 veces. El déficit normal, sin contar los gastos denominados de restauración (sobre los que las posibilidades de pago por parte de Alemania ya conocemos) se ha elevado a 5.000 millones y medio de francos. No hay nada de sorprendente en que M. Chéron diga, por una parte, que Francia se ha convertido en una enorme máquina burocrática, incapaz de ningún trabajo y, por otra parte, que el único medio de canalizar la inundación de papel es la bancarrota declarada. Francia es, simplemente, el estado más parásito de Europa y del mundo. Sólo se mantiene gracias al pillaje de Alemania y las colonias. En ese pillaje, Alemania pierde el doble de lo que retira Francia. Tal es la situación de Francia que juega hoy en día, y sin contestación, el primer papel en Europa.

De todos los estados occidentales, Inglaterra es el que se ha visto menos afectado por la guerra. Si su agricultura ha mejorado un poco sólo lo ha hecho provisionalmente gracias a los subsidios extraordinarios del gobierno. La industria minera, clave de bóveda de la riqueza inglesa, ha disminuido en un 20% durante los siete años de la guerra. El mismo fenómeno se puede constatar en las acerías. El primer trimestre de 1921 ya ha dibujado una curva descendente en la extracción de carbón, es inútil extenderse sobre la grandiosa huelga actual. Las exportaciones de carbón, artículo esencial de las relaciones exteriores de Inglaterra, han disminuido en un 75% durante estos siete años. Durante los 5 primeros meses de 1921 solamente han alcanzado una sexta parte de preguerra. De forma general, el comercio exterior se ha reducido en un tercio.

En lo concerniente a la deuda nacional del país ésta ha aumentado más de 11 veces, el presupuesto militar se ha triplicado al mismo tiempo. Por fin, el hecho más característico de Inglaterra es que pierde, si no lo ha hecho ya, su antigua posición internacional dominante, es que la libra esterlina, cuyo solo nombre simbolizaba la dominación de la monea inglesa en el universo, ha perdido toda su aureola en favor del dólar estadounidense, y en relación con él ha caído a principios de este mes en un 24% de su valor real.

Si los tres estados capitalista más importantes antes de la guerra se ven así de arruinados por ésta a su costa, a costa del empobrecimiento de Europa, la industria estadounidense se ha desarrollado, por el contrario, con pujanza. En los Estados Unidos la minería se ha más que decuplicado. Las extracciones de petróleo casi se han doblado. Estados Unidos posee hoy en día el 45% del carbón mundial, el 30% de tonelaje mundial, el 85% de la producción automovilística. Mientras que para el conjunto del globo se tiene un motor por cada 100.000 habitantes en Estados Unidos se tiene uno por cada 12. Si antes de la guerra las exportaciones estadounidenses se componían en un tercio solamente de productos manufacturados, y en 2/3 de productos alimenticios y materias primas, tras la guerra esta proporción se ha visto claramente modificada y los productos manufacturados suponen ahora el 60% de esas exportaciones. De país de exportación agrícola, Estados Unidos ha devenido un país casi monopolista en exportaciones industriales. De 1915 a 1920 las exportaciones han superado a las importaciones en 18 millones de dólares. No carece de interés señalar que Estados Unidos, teniendo el 6% de la población del globo y el 7% de su superficie, posee el 50% del zinc, el 45% del carbón, el 80% del aluminio, del cobre y del algodón, el 66% del petróleo, el 70% del maíz y el 85% de los automóviles. Al mismo tiempo, la deuda de Estados Unidos se eleva a 18.000 millones de dólares y aumenta cada día en 10 millones.

Concentrando la mitad del oro del globo, Estados Unidos continúa sin descanso sacando del resto de países lo que pueda quedar. Ya hemos hablado de la situación internacional del dólar.

Japón ofrece el espectáculo de un progreso semejante. También se ha servido de la guerra para ampliar su mercado mundial, sin embargo, su desarrollo es incomparablemente inferior al de Estados Unidos, y en numerosas ramas de la industria tiene un carácter forzado. No obstante ello, es necesario hacer notar que en Asia las extracciones de carbón han aumentado durante la guerra en un 36%. Este auge se ha visto acompañado en Japón de una colosal multiplicación del ejército obrero que cuenta ahora con 2.400.000 hombres, de los que alrededor del 12% están organizados en sindicatos.

Quiero continuar haciendo una simple observación concerniente a Rusia, aunque Lenin debe presentar un informe especial sobre ella. Los hombres de estado y los economistas burgueses pueden decir que Rusia tampoco ha mejorado su situación económica durante la guerra. El ministro Hugues, en su carta al demasiado famoso Gompers, declara respecto a la recuperación de las relaciones comerciales con Rusia que esa recuperación no tiene ninguna perspectiva de futuro pues Rusia sólo es un inmenso desierto económico. La desorganización de la industria rusa, dice, no es en absoluto el resultado del bloqueo ni de la desmovilización (que numéricamente ha sido muy inferior a la que precedió a la toma del poder por los bolcheviques). Desafortunadamente no puedo actualmente, en pleno curso de la desmovilización, indicar la cifra exacta de los efectivos que han participado en la guerra civil. Solamente debo decir que los dos motivos que aduce M. Hugues son absolutamente engañosos. Por una parte, en el momento de la mayor tensión, el Ejército Rojo contaba con diversos millones de hombres, de los que alrededor de una cuarta parte eran obreros cualificados, lo que entrañaba, necesariamente, un debilitamiento de la industria. Por otra parte, mis amigos me han suministrado amablemente datos sobre numerosos objetos que jamás habían sido fabricados en Rusia, que se importaban anteriormente de Alemania o Inglaterra. También se incluyen en esos objetos un gran número de accesorios para el trabajo en las minas, en la metalurgia, en la industria textil y la papelera, que serían suficientes para que Rusia poseyese, en un corto plazo de tiempo, la capacidad para

desplegar toda su actividad y superar incluso la producción de antes de la guerra. He ahí por qué se puede decir que el bloqueo no ha ejercido ninguna influencia sobre el estado de la industria rusa, he ahí cómo es el desierto que pretendidamente se opone a la recuperación de las relaciones comerciales con ella.

La crisis industrial

Cuando se caracteriza la situación mundial hay que reconocer que el auge y animación que se han hecho notar en la industria desde la primavera de 1919 sólo tienen una apariencia engañosa de prosperidad nacional.

El giro acaecido tras cuatro años de guerra, la desmovilización, el paso de la guerra al estado de paz, con la inevitable crisis que conllevan el caos y el agotamiento resultante de la guerra, parece ser que han dado lugar, después de algunos meses, a un auge industrial. La industria ha asimilado casi enteramente a los obreros desmovilizados, y aunque los salarios marchen en conjunto muy por detrás del alza de los precios de los objetos de consumo, sin embargo también han aumentado, dando lugar a la apariencia de un logrado resultado económico. He ahí las circunstancias favorables que, en 1919 y 1920, han aliviado el período agudo de liquidación de la guerra, determinado por una recuperación de la seguridad de la burguesía y planteado la cuestión del advenimiento de una nueva época de desarrollo capitalista. Ahora bien, el auge de 1919-1920 no era, en absoluto, el principio de una restauración de la economía capitalista sino, por el contrario, la continuación de la aparente prosperidad creada por la guerra. La guerra ha dado a luz un mercado casi ilimitado para las principales ramas de la industria que, además, se han visto defendidas ante cualquier especie de competencia. La fabricación de medios de producción se ha visto reemplazada por la fabricación de instrumentos de destrucción. Si, de esta forma, la animación de la Bolsa, el alza de los precios, el éxito extraordinario de la especulación, dieron la impresión de una situación favorable en 1919-1920, el estado real de la industria ha sufrido, por el contrario, el carácter ilusorio de esa prosperidad.

En toda la Europa oriental, occidental y suroccidental, asistimos a la caída de la industria. En Francia, la vida continúa gracias al pillaje de Alemania. En Francia reina el marasmo. En todas partes de Europa hemos de constatar la ausencia de condiciones favorables para la producción, y en Estados Unidos su presencia solamente es parcial. El alza de los precios, el crecimiento de los beneficios, una furiosa especulación, la caída del cambio europeo en relación con el dólar, todos esos signos, característicos de la especulación, son visibles en Alemania más que en cualquier otro lugar. Esta situación favorable no es otra cosa más que una venta en rebajas. Los restos de la riqueza nacional se exportan al extranjero a precios ínfimos. La consecuencia de esta pretendida prosperidad económica ha sido una inundación de papel moneado y el pase del centro de gravedad económica a los Estados Unidos. Pero en el dominio de la política la consecuencia ha sido la salvación provisional de los estados capitalistas.

No obstante, ¿esto no lleva al advenimiento de una nueva época del capitalismo? Esto es lo que parecen pensar algunos camaradas que se refieren a citas de Marx y Engels que hablan de la Revolución de 1848 como de una consecuencia de la crisis de 1847, y de la reacción de los años siguientes como de una consecuencia del auge económico capitalista de 1850-1851. Esta interpretación sólo se puede explicar gracias a un malentendido. El desarrollo de la economía capitalista no se reduce a una serie de crisis y auges, de flujos y reflujos de la actividad industrial. Esta cadencia sólo es un fenómeno accesorio del proceso económico. Su esencia es la marcha de la curva. Estos accidentes se pueden producir también muy bien en casos de estagnaciones, caídas o

progresos. Si la media de esas fluctuaciones arroja como resultado una curva ascendente, tenemos que vérnoslas en realidad con un progreso industrial continuo, y entonces el análisis del desarrollo industrial en el último medio siglo nos suministra una curva ascendente antes de la guerra y una curva descendente desde la guerra, sean cuales puedan ser las alternativas de crisis y prosperidad, las desviaciones provisionales en tal o tal otro sentido, en el primer o en el segundo período.

He ahí por qué la época actual no debe ser vista en absoluto como un desarrollo orgánico del capitalismo. La crisis creciente ha comenzado, precisamente, en los países en los que la industria parecía más floreciente. Japón y Estados Unidos han sido los primeros en verse sometidos a esta crisis. La caída de la capacidad de compra de Europa, su endeudamiento completo ante Estados Unidos, fueron la primera causa exterior de esta crisis; el desarrollo artificial de Japón no ha podido durar mucho tiempo. El mercado mundial se ha mostrado completamente desorganizado.

Pero puede surgir un interrogante: ¿esta crisis no se verá reemplazada por una nueva época de prosperidad industrial? ¿No asistiremos a una renovación orgánica? ¿No ocurrirá que, al mismo tiempo, la revolución se verá retrasada durante largos años?

Esta ligazón entre los períodos de auge y de caída y la revolución no debe considerarse. Recordemos a Rusia tras 1905. La derrota de la primera revolución coincidió con los años de crisis industrial mientras que, por el contrario, los años 1908 a 1912 estuvieron marcados a la vez por un auge industrial y por un progreso del movimiento obrero que tomó la forma de grandes manifestaciones callejeras en vísperas incluso de la guerra mundial.

Se me dirá entonces: ¿está permitido considerar como imposible una restauración del equilibrio capitalista? Teóricamente hablando la cosa es posible. La situación actual no se ha modificado en nada desde el primer y segundo congresos. Si en esa época teníamos un objetivo inmediato y una ruta que llevaba rectamente a él, ahora, tras haber recorrido una parte, comenzamos a ver que esa ruta o bien sube o bien baja, sin jamás abandonar la dirección precedentemente determinada por nosotros. No se trata de lo que se pueda afirmar teóricamente. Se trata de considerar las condiciones reales que hacen efectivamente imposible la restauración del equilibrio capitalista en el globo terrestre.

A los oportunistas les gusta referirse a la restauración automática del desarrollo capitalista, y el hecho es muy característico de esa gente. Se diría que se trata no de dos clases en lucha sino de un proceso mecánico que se cumple al margen de la voluntad de las masas, al margen de cualquier dependencia de la relación política entre esas clases. Ese menosprecio de los oportunistas hacia la voluntad de las masas es extremadamente significativo para la táctica que llevan adelante y que predicán. Es confesar que no se dan cuenta, en absoluto, de la colosal exasperación de los antagonismos sociales que se produce junto a la crisis industrial. Mientras que la producción de las riquezas materiales ha crecido, la diferenciación y la lucha de clases han progresado a pasos agigantados. Progresan tan rápidamente que tenemos ante nosotros no a una clase obrera única, sino a todo un conjunto de diversas categorías de obreros. Al lado de quienes han sido educados políticamente en las tradiciones del movimiento obrero tenemos a la enorme capa de los obreros llamados a la vida por la guerra, entre ellos a un enorme número de mujeres que han entrado hace muy poco a la carrera de la lucha de clases. Al lado de las capas obreras que muestran a veces una excesiva prudencia tenemos a capas apasionadas con el ideal revolucionario y la sed de combate, pero ignorantes de las consecuencias.

Por otra parte, la situación se ha modificado profundamente en el seno de la burguesía, mientras que en la primera línea de la lucha política en los estados burgueses

vemos a la burguesía sindicada, la pequeña burguesía no sindicada y empobrecida, relativa y absolutamente, se degrada socialmente y entra en oposición declarada a la burguesía sindicada. No obstante, no tenemos ninguna intención de ponernos, como los reformistas y los independientes, a la cabeza de esa burguesía, pero hay que constatar que, a medida que el proletariado consolida sus fuerzas, las capas burguesas en cuestión, si no se ven arrastradas por el proletariado en el momento de la lucha decisiva al menos serán neutralizadas. Esta variedad concierne a capas importantes de los países medianos, que son las que supuestamente se han enriquecido con el aflujo del papel moneda y que, en realidad, han sido las primeras víctimas de la caída de la gran industria.

Las esperanzas de restauración del equilibrio internacional están en pleno acuerdo con esta esperanza de restauración del equilibrio social. Si el objetivo inmediato de la guerra imperialista ha sido reemplazar a un gran número de estados nacionales por un solo estado universal, hay que decir que los autores de la guerra han fallado en gran medida en su objetivo. La guerra ha llevado, precisamente, al resultado contrario. En Europa se han constituido una serie de pequeños estados. Prueba de que los gigantes imperialistas han sido incapaces de repartirse entre ellos la influencia mundial. De ahí una serie de crisis políticas internacionales incesantes. Francia juega el papel de estado director en Europa chocando a cada paso con la política inglesa, cuyos intereses defieren cada vez más de los suyos, sobre todo en relación con Alemania. Pero si está permitido hablar en alguna parte de automatismo es exclusivamente en las relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos. Hoy en día dos obreros estadounidenses producen tanto como puedan producir cinco obreros ingleses. Hoy en día, el 45% de todo el carbón del mundo está en manos de Estados Unidos, así como más de un tercio del petróleo. La situación de este último es menos simple. Otra cosa es el petróleo en su previsión geológica y en su existencia real. Los economistas estadounidenses hacen ya sonar la alarma porque en diez años Estados Unidos se verá sin petróleo y todos sus transportes automóviles, que superan en seis veces al resto del globo, tendrán que pararse. Añadamos a ello las deudas de Europa con Estados Unidos, las tendencias coronadas con éxito de esta última para concentrar en sus manos todos los cables telegráficos del globo, el crecimiento extraordinariamente rápido de su tonelaje, que alcanza ya el 30% del tonelaje mundial. Se comprenderá entonces no solamente la alianza política de Inglaterra y Japón sino, además, todas las consecuencias de esta alianza. En 1924, la flota estadounidense tendrá más tonelaje que las flotas inglesa y japonesa juntas. Pero como Gran Bretaña domina en los mares y el dueño de los mares es el dueño del mundo, no hay que ser profeta para prever que vamos derechos hacia un conflicto armado entre Inglaterra y Estados Unidos. Estamos en una de esas ocasiones raras en las que este conflicto puede datarse con la máxima exactitud. Inglaterra sólo tiene una alternativa: o bien renunciar para siempre a su primacía mundial, o bien jugarse en una guerra todo su destino, toda su riqueza nacional.

Por otra parte, los ejércitos europeos aumentaron en alrededor un 30% relativamente respecto a la época de anteguerra. El hecho se explica gracias a la colosal parcelación nacional, gracias a la necesidad en cada nuevo tramo de mantener sus aduanas, sus guardias fronterizas, sus gendarmes, sus fuerzas militares. Podemos constatar con certeza que la caracterización hecha en el primer y segundo congresos de la situación mundial se mantiene enteramente exacta. No ha sobrevenido ninguna especie de equilibrio social, no se ha logrado ninguna especie de equilibrio en la política internacional del capitalismo. Hoy en día, el proletariado mundial está, como lo estaba entonces, en vísperas de un antagonismo social creciente, por una parte, y de un conflicto imperialista inminente por otra.

El papel del partido comunista

La caída de las fuerzas productivas de Europa, el progreso del movimiento obrero en Oriente, la exasperación de los antagonismos sociales en Estados Unidos, la consolidación más grande de la clase obrera, la experiencia cada vez más rica que ésta acumula en su lucha de clases, todo ello nos indica la rectitud de la posición de principios tomada por nosotros y la justeza de nuestra táctica y de nuestro método de combate. Solamente tenemos que analizar cuidadosamente las cuestiones tácticas, a fin de adaptarnos a las condiciones y exigencias diversas de cada país particular. Este es el centro de gravedad de nuestro congreso. Nuestro objetivo esencial consiste en formar partidos de acción en la Internacional Comunista. La Internacional debe estar a la cabeza de las masas en lucha, formular de forma clara y distinguir las consignas de combate, desenmascarar constantemente las consignas de conciliación y transaccionales de la socialdemocracia. Debe practicar ampliamente la estrategia de la lucha de clases, aprender a maniobrar con las diversas capas de la clase obrera a fin de enriquecerlas a todas ellas con nuevos métodos de lucha, a fin de constituir con ellas, para el momento del enfrentamiento con las fuerzas adversas, un ejército inquebrantable. El partido comunista debe utilizar cada respiro, sacar de los precedentes combates todas las lecciones posibles, para profundizar y ampliar los antagonismos sociales, para coordinarlos a escala nacional o internacional con un objetivo y acción únicos, para triunfar, así, sobre todos los obstáculos en la ruta de la dictadura y de la revolución social.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es